

Bohumil Hrabal

Trenes rigurosamente vigilados

Traducción del checo de Monika Zgustova



BOHUMIL HRABAL

Trenes rigurosamente vigilados

Traducción y epílogo de
Monika Zgustova

Galaxia Gutenberg



**MINISTRY OF CULTURE
CZECH REPUBLIC**

La traducción de esta obra ha recibido una subvención del
Ministerio de Cultura de la República Checa.

Título de la edición original: *Ostře sledované vlaky*
Traducción del checo: Monika Zgustova

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2026

© Bohumil Hrabal Estate, Zürich, Suiza, 1965
© de la traducción y el epílogo: Monika Zgustova, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer, n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 553-2026
ISBN: 978-84-10317-46-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Ese año, el cuarenta y cinco, los alemanes ya no controlaban el espacio aéreo de nuestra ciudad. Y mucho menos el de toda la región y el del país. Los ataques de la aviación perturbaban el tráfico de tal manera que los trenes de la mañana circulaban al mediodía, los del mediodía por la tarde y los de la tarde por la noche, de modo que a veces ocurría que el tren de la tarde llegaba puntual al minuto según el horario previsto, pero eso se debía a que era el tren de pasajeros de la mañana, que llevaba cuatro horas de retraso.

Anteayer, encima de nuestra ciudad, un caza aliado ametralló a un caza alemán hasta arrancarle un ala. Acto seguido, el fuselaje se incendió y cayó vete a saber dónde, en medio de los campos, pero aquella ala, al salir despedida del fuse-

laje, arrancó un puñado de tornillos y tuercas que cayeron sobre la plaza y dejaron marcadas las cabezas de varias mujeres. En cambio, el ala quedó planeando encima de nuestra pequeña ciudad; todos los que podían se detenían a mirar el espectáculo hasta el momento en que el ala hizo un movimiento hacia un lado y con un chirrido empezó a volar por encima de la mismísima plaza, que se llenó de gente que había salido a tropel de ambos restaurantes; la sombra del ala se movía por la plaza, que los vecinos atravesaban corriendo de aquí para allá, ahora a la izquierda y ahora venga a volver al sitio de donde arrancaron a correr hace un momento, y es que el ala no paraba de moverse como un péndulo enorme que ahuyentaba a los vecinos que se lanzaban en dirección contraria al lugar de su posible caída mientras emitía un ruido atronador acompañado por un silbido. Y de repente dio un giro, se deslizó hacia abajo y cayó en medio del jardín del decano. Y al cabo de cinco minutos los vecinos de nuestra pequeña ciudad se habían llevado el metal y las chapas de aquella ala, que al día siguiente aparecieron colocados como techos de las jaulas de los conejos y protegiendo los galline-

ros; un vecino se apoderó de una plancha metálica, por la tarde se puso a cortarla en tiras y por la noche ya tenía fabricados unos maravillosos protectores para las piernas cuando iba en moto. Así desapareció no sólo el ala sino también toda la chapa y las piezas del fuselaje del avión del Reich, que se había desplomado sobre los campos cubiertos de nieve no muy lejos de nuestra pequeña ciudad. Media hora después de que lo ametrallaran monté en bici para ver el avión y a mi encuentro venían los vecinos que en un carrito arrastraban el botín, toda clase de piezas que habían podido pescar. Anda tú a saber para qué las querían. Pero yo iba a lo mío, tenía ganas de ver el avión derribado, yo que no soportaba la gente que de todo saca trofeos y botines, ¡qué va, yo estaba lejos, lejísimos de recoger trastos o arrancar piezas! Por un sendero en medio de la nieve pisoteada, que conducía a los restos ennegrecidos, venía mi padre, llevaba un instrumento musical plateado, sonreía y agitaba aquellas tripas plateadas, unos pequeños tubos. ¡Y tanto!, eran tubitos que provenían del avión, por ellos pasaba la gasolina y una vez de vuelta en casa, al atardecer, descubrí por qué mi padre se había alegrado

tanto de su botín. Cortó los tubitos en partes iguales, les sacó brillo y luego colocó su lápiz metálico con minas recargables al lado de los sesenta tubitos deslumbrantes. Mi padre sabía hacer de todo porque desde sus cuarenta y ocho años estaba jubilado. Había sido maquinista y había conducido locomotoras desde sus veinte, así que sus años de servicio valían el doble y ya merecía su jubilación; sin embargo, los vecinos enloquecían de envidia al pensar que mi padre todavía podía seguir en este mundo y bien vivo durante veinte o treinta años. Además, mi padre se levantaba antes que los que trabajaban. Por toda la región recogía lo que podía, tornillos, herraduras; se llevaba cualquier trasto y pieza inútil de los depósitos públicos y todo lo almacenaba en el cobertizo y en el desván de casa, que por culpa de sus hallazgos parecía una chatarrería. Si alguien se deshacía de sus muebles viejos, mi padre se los llevaba todos, así que, aunque en casa sólo fuéramos tres, teníamos cincuenta sillas, siete mesas, nueve sofás y montones de pequeños armarios y palanganas y jarras. Pero ni eso le bastaba a mi padre, así que salía en bici al campo, más y más lejos, con una barra de hierro hurgaba en los de-

pósitos y al atardecer volvía con su botín, porque todo eso un día podía venir como anillo al dedo, y sí, sí que siempre acababa viniendo como anillo al dedo, porque si alguien necesitaba algo que ya se había dejado de fabricar, una pieza para el coche, una trituradora o una trilladora que no encontraba, entonces venía a casa y mi padre, tras una breve reflexión, se dirigía de memoria al desván o al cobertizo o hacia los montones en el patio, entonces introducía la mano en algún sitio y de allí extraía un trasto que era lo que le hacía falta al vecino en cuestión. Por eso mi padre solía dirigir la recogida de chatarra los domingos que tocaba y cuando llevaba la chatarra a la estación de tren, siempre pasaba delante de casa y como quien no quiere la cosa dejaba algunos de los trastos de la recogida para nosotros. Pero ni así los vecinos supieron perdonarlo. Debe ser porque mi bisabuelo Lukáš, desde que tenía dieciocho años, recibía un doblón al día de renta; y a partir de 1918, cuando llegó la República Checoslovaca, en coronas. Y es que mi bisabuelo nació en mil ochocientos treinta y en mil ochocientos cuarenta y ocho era tambor del ejército y como tal luchó en el Puente de Carlos de Praga,

donde los estudiantes tiraban adoquines a los soldados y a mi bisabuelo le dieron en la rodilla y lo dejaron inválido para el resto de su vida. Desde entonces recibía esa renta, un doblón al día que usaba para comprarse diariamente una botella de ron y dos paquetes de tabaco, pero en vez de quedarse tranquilo en casa fumando y bebiendo, él salía a caminar, cojo como estaba, por las calles, con muchas ganas se detenía allí donde la gente se dejaba la piel trabajando, y se cachondeaba de los obreros mientras bebía su ron y fumaba su tabaco, así que todos los años al bisabuelo Lukáš le pegaban una paliza tal que mi abuelo tenía que cargarlo en una carretilla para llevárselo a casa. Pero el duro de pelar de mi bisabuelo tan pronto se recuperaba, ya volvía a las andadas, ¿quién se lo pasa mejor?, reía y hacía muecas, hasta que le volvieran a pegar una zurra de mil demonios. Sólo la caída de Austria-Hungría despojó al bisabuelo de su renta, que había percibido durante setenta años, y con la pensión que le adjudicaron cuando llegó la República se acabaron el ron y los paquetes de tabaco. Pero aun así cada año le pegaban una tunda hasta que mi bisabuelo perdía la concien-

cia porque seguía fardando con los setenta años de ron y un par de paquetes de tabaco. Hasta que llegó el año mil novecientos treinta y cinco, cuando el bisabuelo fanfarroneaba ante unos picapedreros a los que acababan de cerrarles la cantera, y ellos le apalearon tanto que el bisabuelo se murió. El médico dijo que podía haber seguido vivo unos veinte años más. Por eso no había en la ciudad otra familia tan aborrecida como la nuestra. Y de tal palo tal astilla: mi abuelo, el hijo de Lukáš, trabajaba de hipnotizador en pequeños circos, y toda la ciudad veía su profesión como ganas de hacer el vago por la vida. Pero cuando en marzo los alemanes cruzaron nuestras fronteras para ocupar todo el país, y ya avanzaban en dirección a Praga, mi abuelo era el único que fue a su encuentro; sí, sólo mi abuelo fue a hacerles frente a los alemanes como hipnotizador, para detener, con la fuerza del pensamiento, los tanques que avanzaban. Así que mi abuelo caminaba por la carretera con los ojos fijos en el primer tanque, el de la vanguardia que dirigía todo aquel ejército motorizado. Y encima de aquel tanque, metido hasta la cintura en una cabina, estaba plantado un soldado del Reich, en la cabe-

za llevaba un birrete negro con la calavera y las tibias cruzadas, y mi abuelo se dirigía directamente contra ese tanque, con las manos estiradas hacia delante, y con los ojos inyectaba a los alemanes su pensamiento... daos la vuelta y regresad... y efectivamente, el primer tanque se detuvo, todo el ejército quedó parado mientras mi abuelo tocaba el tanque con los dedos y seguía emitiendo su pensamiento, su orden... daos la vuelta y regresad, daos la vuelta y regresad, daos la vuelta... y entonces un teniente dio una señal con un banderín y el tanque se puso en marcha; pero mi abuelo no se desvió, así que el tanque lo atropelló, le arrancó la cabeza y ya no hubo nada que detuviera al ejército del Reich en su avance. Mi padre fue luego a buscar la cabeza de mi abuelo. El primer tanque se quedó parado antes de entrar a Praga, estaba esperando que llegara una grúa para extraer la cabeza del abuelo de las cadenas, que quedaron torcidas, y mi padre pidió poder sacar él la cabeza del abuelo de las cadenas para luego enterrarla junto con el cuerpo, como corresponde a un cristiano. Desde entonces la gente de toda la región quedó dividida. Los unos exclamaban que el abuelo estaba loco, los

otros gritaban que no tanto, que si, al igual que nuestro abuelo, todos nos hubiéramos rebelado contra los invasores con un arma en la mano, vete a saber cómo habrían acabado los alemanes.

En aquella época todavía vivíamos fuera de la ciudad; no fue hasta más tarde que nos mudamos; y yo, acostumbrado a la soledad, cuando llegamos a la ciudad se me estrechó el mundo. Desde entonces respiraba sólo cuando salía al campo. Y luego mientras regresaba a la ciudad, al atravesar el puente, a medida que las calles y las callejuelas se iban estrechando, todo yo me estrechaba, y siempre tenía y sigo teniendo y tendré la impresión de que más allá de cada ventana hay como mínimo un par de ojos que me siguen. Cuando alguien se dirigía a mí me sonrojaba porque tenía la impresión de que había algo en mí que a la gente le molestaba. Hace tres meses me corté las venas de las muñecas y parecía que no existía ninguna razón para ello. Pero yo sí tenía un motivo y lo conocía bien y temía que cualquiera al mirarme lo adivinara. Por eso aquellos ojos tras las ventanas. ¿Pero qué puede pensar una persona cuando tiene veintidós años? Podía pensar que la gente en nuestra pequeña ciudad

me miraba por haberme cortado las venas para escaquearme del trabajo que ellos tenían que hacer por mí, como lo habían hecho mi bisabuelo Lukáš y mi abuelo Vilém, el hipnotizador, y también mi padre, que durante un cuarto de siglo había conducido una locomotora sólo para luego poder dedicarse a no hacer nada.

Ese año los alemanes ya no dominaban el espacio aéreo sobre nuestra pequeña ciudad. Cuando llegué por el sendero hasta el fuselaje del avión, la nieve relucía en la llanura y en cada pequeño cristal de nieve una pequeñísima manecilla de segundero parecía hacer tictac, porque la nieve se quebraba bajo el sol fuerte y emitía colores, y yo oí el tictac de unas pequeñas manecillas no sólo en cada cristalito sino también en otra cosa en otra parte. Mi reloj hacía tictac con claridad, pero yo oí otro tictac, que surgía de la cabina del avión, un tictac que emitía aquel montón de chatarra. Y sí, efectivamente, de allí salía el tictac, del reloj de la cabina, incluso marcaba la hora correcta, lo digo porque lo comparé con la hora que marcaban las manecillas de mi reloj. Y entonces me fijé en que, al fondo de todo, el sol iluminaba un pequeño guante, y yo sentía que

el guante no estaba solo sino que contenía una mano humana, y que la mano humana no estaba sola sino que estaba unida a un brazo, y el brazo a un cuerpo humano que estaba enterrado bajo aquellos escombros. Y yo con todo el peso de mi cuerpo pisé el pedal de la bici, mientras que por todos lados emitían su tictac unas manecillas de segundero en miniatura, impulsadas por el brillo del sol, y por las vías en la lejanía corría un tren de mercancías que traqueteaba alegremente, era un tren que transportaba carbón y ahora regresaba a la cuenca de Most, seguro que tenía ciento cuarenta vagones, y en la mitad del tren se había quedado trabada la zapata de un freno, estaba al rojo vivo y el metal goteaba sobre el riel, pero la locomotora del Reich arrastraba con regocijo incluso el vagón trabado.

Mañana ya estaré de pie al lado de las dos vías de mi pequeña estación, donde todos los trenes que recorren el trayecto de oeste a este llevarán, de acuerdo con el horario, números impares, mientras que los que irán de este a oeste estarán señalizados con números pares. Después de tres meses de ausencia volveré a dirigir el tráfico ferroviario, volveré a la estación por la que pasan

dos vías principales, donde la vía que se dirige del oeste hacia el este llevará el número uno y la que conduce del este hacia el oeste estará marcada con el número dos, y después a partir de la vía número uno todas las vías a mano derecha llevarán números impares, tres, cinco, siete y así en adelante, y todas las vías a la derecha de la vía de paso del número dos llevarán los números pares, cuatro, seis, ocho, diez y así. Hombre, claro, esa manera de poner números en las vías está hecha para nosotros, los funcionarios de los ferrocarriles del Estado, porque desde el punto de vista de un pasajero que está esperando en el andén de la estación, por ejemplo, en mi pequeña estación, pues para él la primera vía es la quinta, la segunda vía es la tercera, la tercera vía es la primera y la cuarta vía es la segunda... Así que mañana de madrugada me pondré el uniforme: los pantalones negros y la camisa azul, el abrigo del uniforme con botones de bronce que mi madre suele limpiar con sidol, y al final me abrocharé el maravilloso cuello que tanto en el abrigo como en la capa lleva el mismo distintivo, por el cual todos los ferroviarios saben cuál es mi categoría en el servicio. El botón en el cuello, ese botón de la

escuela secundaria, indica a todo el mundo que tengo la reválida. Y también la preciosa estrella bordada con hilo dorado pone en conocimiento de todos que estoy estudiando para jefe de circulación. Y, además, en mi cuello reluce el más bonito de los distintivos, una pequeña rueda alada, adornada con fieltro violeta y azul, una ruedecilla alada que me hace pensar en un caballito de mar dorado. Así que de madrugada saldré de casa, aún será de noche, mi madre me mirará salir a la calle, estará plantada detrás del visillo, inmóvil, igual que más allá de todas las ventanas que pasaré en bici habrá gente observándome, me mirarán como mi madre, con un dedo puesto sobre el visillo ligero, mientras que yo iré en bici hacia el río, una vez en el sendero respiraré con alivio, como siempre, y es que no me gusta ir a trabajar en tren, en cambio en la orilla del río respiro tranquilo, allí no hay ventanas, no hay trampas, no hay agujas clavadas en la nuca.